

LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL CUARTO TRIMESTRE DE 1955

Preludios de la Conferencia de Ginebra.

En la Conferencia celebrada por los Cuatro Grandes en aquella capital suiza, del 18 al 23 de julio, se acordó que los ministros de Asuntos Exteriores respectivos volverían a reunirse en el mes de octubre para proseguir el examen de los problemas planteados, con arreglo a las instrucciones que se les daban. En cumplimiento de este acuerdo, Foster Dulles, MacMillan, Pinay y Molotov, iniciaron sus contactos personales el 27 de octubre. Esta segunda Conferencia ginebrina se prolongó hasta el 16 de noviembre.

El tiempo transcurrido entre ambas Conferencias ha sido, para las tres potencias occidentales y para la Unión Soviética, tiempo de preparación y de consolidación de las respectivas posiciones.

La Unión Soviética, consciente de que la cuestión alemana es el nudo gordiano de todos los problemas puestos sobre la mesa, ha desarrollado una intensa ofensiva diplomática cerca de las dos Alemanias. El día 9 de septiembre dieron comienzo en Moscú las memorables negociaciones en las que el canciller Adenauer hubo de enfrentarse con los hombres del Kremlin, y de cuyo contenido y triste balance ya hablamos en nuestra *Crónica* anterior. Pocos días después del regreso a Bonn del canciller federal, llegaba a Moscú el jefe del Gobierno de la República democrática alemana, Grotewohl, al frente de una Delegación, y del 17 al 20 de septiembre, se desarrollaban en Moscú otras conversaciones germano-soviéticas de tono y signo muy distintos.

Si se considera que en las primeras el objetivo de la U. R. S. S., por lo demás conseguido, era el establecer normales relaciones diplomáticas con el Gobierno de Bonn, y que el fruto de las segundas ha sido la concesión y reconocimiento de plena soberanía a la Alemania del Este y la firma de un Tratado de colaboración política sobre la base "de los principios de igualdad, el respeto de la recíproca soberanía y no injerencia en los asuntos internos", es de necesidad deducir que la Unión Soviética ha querido manifestar ostensiblemente su propósito de consolidar la situación de la división alemana, para servirse de ella como medida de garantía frente al peligro de una Alemania unificada e incorporada a la esfera occidental.

El comunicado final facilitado en Moscú el día 20 de septiembre, dice en uno de sus párrafos: "Las dos partes están convencidas que el Tratado será un factor importante que permitirá el reforzamiento de la paz y de la seguridad en Europa, y facilitará así el restablecimiento de la unidad de Alemania como Estado pacífico y democrático." Esto quiere decir, según se traduce de toda la política europea de la U. R. S. S., que Moscú quiere elevar la Alemania oriental a un plano de igualdad con la occidental, e imponer tal igualdad a los occidentales; impedir que prevalezca el criterio de Washington y Londres de la unificación de Alemania mediante la celebración de elecciones libres en todo el país, porque esto determinaría entregar, con gran probabilidad, una Alemania sin fisuras al mundo occidental, frustrando el sistema de seguridad favorable a sus intereses; y, en fin, amenazar con una solidificación del actual *statu quo* si no se accede al plan ya presentado por Molotov en Ginebra durante las sesiones de julio.

Por eso en el comunicado se argumenta más abajo con la necesidad de que las

dos Repúblicas alemanas participen en las discusiones a celebrar en Suiza por los cuatro ministros de Asuntos Exteriores; y por eso también el artículo dos del Tratado de Moscú deja bien claro que ambas partes "están prontas a participar con un espíritu de sincera colaboración en todas las acciones internacionales que tengan por objetivo asegurar la paz y la seguridad en Europa y en el mundo entero...", y el artículo seis, que "el Tratado permanecerá en vigor hasta el restablecimiento de la unidad de Alemania como Estado pacífico y democrático..." Añádase que el Tratado estipula en su artículo cuatro que las tropas soviéticas "actualmente destacadas en el territorio de la República democrática alemana, permanecerán en el futuro en la República democrática alemana, con el consentimiento de su Gobierno..."

Por todo ello, este documento y el Tratado de Varsovia son una réplica contundente a la entrada en vigor de los Acuerdos de París y a la consiguiente incorporación de la Alemania federal al sistema occidental.

Como complemento al texto de mutua colaboración firmado en Moscú, el mismo día 20 se efectuaba un canje de cartas entre el ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania oriental, Bolz, y el viceministro soviético, Zorin, por el que se confiere a la República democrática alemana la facultad de ejercer el control en los límites fronterizos de las dos Repúblicas germanas, sobre el círculo externo del gran Berlín y también sobre las líneas de comunicación entre la República federal y el Berlín occidental, a excepción del tráfico destinado a las tropas aliadas. Y, por último, un comunicado del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. anunciaba el día 21 la abolición del Alto Comisario soviético en la Alemania oriental.

Al día siguiente se iniciaba en el Bundestag el debate sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas con la U. R. S. S., y en tal ocasión el canceller Adenauer puso de relieve el objetivo a que obedecían las negociaciones de los soviéticos con los representantes de la Alemania comunista: "Se trata, evidentemente —dijo Adenauer—, de una tentativa para conferir a la República democrática alemana tareas asumidas por la Unión Soviética, ante las potencias aliadas occidentales, con el fin de hacerla entrar en la esfera de derecho de los aliados y obstaculizar el tráfico interzonal y con Berlín. La República federal ha sometido la cuestión, a este respecto, a las tres potencias occidentales, rogándoles tomen las medidas adecuadas."

En efecto, los tres ministros de Asuntos Exteriores, reunidos en Nueva York los días 27 y 28 de septiembre, para preparar la Conferencia de Ginebra, trataron con su colega federal, von Brentano, de la situación en que el problema alemán se encontraba frente a la inmediata Conferencia ginebrina, y al término de estas reuniones preparatorias se facilitó un comunicado, seguido de una declaración conjunta. En el primero se alude a las conversaciones mantenidas con el ministro de la República federal alemana y se señala en lugar preferente el acuerdo unánime tomado sobre la precedencia absoluta que deberá darse a la cuestión de la unificación germana, dentro del plano de la seguridad europea. En el segundo se hace referencia específica y exclusiva a los acuerdos soviético-germanos del día 20. Tres afirmaciones forman el breve texto de la declaración: 1.ª, que los acuerdos firmados en Moscú no pueden modificar las obligaciones y responsabilidades asumidas por la Unión Soviética, respecto a Alemania y a Berlín, determinadas por los acuerdos y convenciones estipuladas con las tres potencias occidentales; 2.ª, que el Gobierno de la República federal alemana es el único libre y legítimamente constituido, el único que puede ostentar la representación del pueblo alemán y que, por tanto, los occidentales no pueden reconocer la existencia de un Estado en la zona soviética, y 3.ª, que la decisión final sobre las fronteras alemanas debe esperar a la instauración de la paz en la totalidad de Alemania.

El día 3 de octubre, después de haber sido publicados los documentos firmados en Moscú el 20 de septiembre, los tres Gobiernos occidentales remitieron al soviético sendas notas recogiendo específicamente la primera de esas tres afirmaciones. El 18 del mismo mes contestaba Moscú limitándose a glosar el contenido del Tratado y a proclamar que las dos partes "habían tenido la debida cuenta de las obligaciones asumidas... por los acuerdos internacionales existentes sobre Alemania".

Junto con este despliegue táctico de la Unión Soviética, respecto de Alemania, con vistas a los debates de la Conferencia de Ginebra y la consiguiente toma de po-

sición occidental, es necesario considerar la correspondencia cruzada entre Bulganin y Eisenhower, relativa a otros de los puntos tratados por los Cuatro Grandes en Suiza: el desarme. Se recordará que la delegación soviética se había avenido a remitir esta cuestión al seno del subcomité de las Naciones Unidas, reunido en Londres, que debería estudiar los diversos proyectos propuestos por cada uno de los Grandes para poner fin a la carrera de armamento.

El día 21 de septiembre el mariscal Bulganin dirigió al presidente Eisenhower una extensa carta sobre esta cuestión. El mariscal soviético alude a los trabajos emprendidos por la subcomisión de las Naciones Unidas para atribuir la ausencia de resultados positivos al hecho de que "los miembros del subcomité no conocen todavía la posición del representante de los Estados Unidos sobre la propuesta que teníamos todas las razones para considerar ya aceptada". El representante de los Estados Unidos —añade Bulganin— ha obstaculizado completamente la cuestión de la reducción de las fuerzas armadas y de los armamentos y la prohibición de las armas atómicas "y ha expresado el deseo de discutir en primer lugar su propuesta sobre el intercambio de informaciones militares entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y el recíproco intercambio de fotografías aéreas del territorio de entrambos países". E inmediatamente Bulganin se extiende en consideraciones sobre los puntos contenidos en la sensacional oferta hecha por el presidente Eisenhower en Ginebra. Respecto al primero, el mariscal soviético se manifiesta enteramente favorable, y aún considera necesario hacerlo extensivo a todos los Estados. Únicamente estima se debe proceder a la creación de un órgano de control e inspección en donde se reúnan las informaciones obtenidas en materia militar. Respecto al segundo, Bulganin hace una objeción fundamental: el intercambio de fotografías aéreas del territorio de los Estados Unidos y de la Unión Soviética no es eficaz en las actuales condiciones internacionales, ya que ambos países no actúan aisladamente. Las fuerzas armadas de los Estados Unidos se encuentran actualmente diseminadas por todo el mundo, y la Unión Soviética tiene también fuerzas armadas e instalaciones militares fuera de su territorio, al propio tiempo las fuerzas armadas de esos otros Estados están orgánicamente unidas a las de los Estados Unidos o Unión Soviética. En estas condiciones cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿permitirán los Gobiernos de esos Estados que su territorio sea sobrevolado y fotografiado por aviones extranjeros?

La objeción de Bulganin está muy bien planteada y le sirve para destacar, por vía de contraste, la necesidad de aplicarse a la realización de un plan que, como el soviético, se encamina a poner límites al armamento clásico y fuerzas armadas de las grandes potencias y a prohibir las armas atómicas.

El presidente Eisenhower contesta muy brevemente, con fecha 12 de octubre, excusándose de no entrar en un examen metódico de la cuestión, a causa de la reducción impuesta a su trabajo por razones de salud. No obstante, considera el presidente como signo muy favorable que se haya sometido a tan detenido estudio su propuesta.

A esta carta respondió también nuevamente el mariscal Bulganin, el 22 de octubre, expresando su satisfacción por ver favorablemente acogida su iniciativa del restablecimiento de puestos de control.

La Conferencia de Ginebra de los Ministros de Asuntos Exteriores.

Los tres ministros occidentales, que habían tenido un último contacto previo en París, se reunieron el 27 de octubre, en Ginebra, con su colega soviético, Molotov. Ese mismo día, el Ministro soviético rechazó el memorandum presentado por los occidentales sobre la seguridad europea y alemana, en el cual se proponía la conclusión de un tratado de seguridad simultáneamente con un acuerdo sobre la reunificación de Alemania, tomando como base el plan Eden, presentado en Berlín en 1954, si bien con algunas modificaciones de detalle. El plan de seguridad que se propone debería entrar en vigor gradualmente, en cuanto que en él se distinguen varias etapas, pero siempre operaría en función de la reunificación de Alemania. Al día siguiente se presentó y discutió el plan Molotov, que sustancialmente era igual a los

planes soviéticos sobre seguridad europea ya conocidos, y por lo mismo fué rechazado por los occidentales. Pese a esto, el día 29 de octubre los cuatro ministros volvieron a ocuparse de este punto primero del orden del día, aunque todo, naturalmente, se redujo a insistir en las respectivas posiciones.

El lunes 31 de octubre, la atención de la Conferencia recayó sobre el punto tercero, esto es, contactos entre Este y Oeste. Aquí también se manifestaron desde el primer momento los irreconciliables puntos de vista de las dos partes, ya que el ministro soviético, sin atender a las argumentaciones de Pinay, MacMillan y Foster Dulles, insistió una y otra vez en la necesidad de incrementar las relaciones económicas y, sobre todo, de suprimir las medidas tomadas por los occidentales para restringir las exportaciones al Este europeo de materias primas y productos estratégicos. Por el contrario, y con un criterio mucho más adecuado a lo que en realidad era este punto tercero, las potencias occidentales planteaban el incremento de las relaciones entre Este y Oeste en el triple sentido del turismo, la información y la cultura.

Todavía en este mismo día se volvió al punto primero, y Molotov sometió a la Conferencia un nuevo tratado de seguridad europea, que presentaba, con el anterior plan soviético, las tres diferencias siguientes: 1.ª, participación en él de los Cuatro Grandes, de los países miembros del Pacto de Varsovia, de los países miembros de la U. E. O. y, como posible, la de Dinamarca y Yugoslavia; 2.ª, al propio tiempo no se exige la liquidación de los acuerdos defensivos ya existentes (tanto la O. T. A. N. y la U. E. O. como el Pacto de Varsovia), y 3.ª, se establece una zona límite y de inspección de armamentos, comprendiendo el territorio de las dos Alemanias y algunos Estados vecinos. Existe en este plan una cierta aproximación con el contenido del plan Eden, pero con la diferencia de que parece presuponer que Alemania continuará dividida. Por último, el ministro soviético propuso invitar a Adenauer y a Grotewohl para asistir a la Conferencia, lo que fué rechazado de plano por los occidentales. El 2 de noviembre propuso el ministro soviético la creación de un Consejo pan-alemán, que representara a las dos Alemanias unidas, y pese a que al día siguiente los tres ministros occidentales rechazaron igualmente esta proposición, días después, el 8 de noviembre, a su regreso de un rápido viaje a Moscú, Molotov insistió de nuevo sobre lo mismo, al tiempo que rechazaba en absoluto la proposición occidental para la organización de elecciones libres en toda Alemania. Explicitamente declaró Molotov que el Gobierno soviético no tenía la menor intención de hacer depender la existencia del régimen comunista de Pancow del resultado de unas elecciones libres en el país alemán.

La cuestión del desarme, punto 2 del orden del día, fué tratada los días 10, 11 y 12. No se dió ningún paso adelante, y las posiciones de ambas partes continuaron siendo las mismas. Los occidentales estiman que lo fundamental en el programa de desarme es el control, y que no puede haber control si no se crea previamente un clima de mutua confianza. Además, si se considera imposible por el momento establecer un sistema de control eficaz en materia de armas termonucleares, la prohibición de estas armas resulta inútil. Del lado soviético, por el contrario, se estima que hay que dar preferencia ante todo a la reducción inmediata de los armamentos y a la prohibición total de las armas atómicas; el control no tiene importancia sino en la medida en que es establecido en estrecha vinculación con la aplicación de medidas reales de desarme.

Todavía, las sesiones de los días 14 y 15 fueron dedicadas a discutir el punto tercero, y pese a intercambiarse varios proyectos y proposiciones, las actitudes irreconciliables persistieron. Foster Dulles destacó, con desaliento, que de las 17 proposiciones concretas presentadas por los occidentales, sólo cinco parecían considerarse aceptables por la Unión Soviética.

El mismo día 15 de noviembre, por la tarde, se volvió al punto primero, y Molotov presentó un proyecto de declaración en el que se señalaban las divergencias existentes sobre el problema alemán y los seis puntos de acuerdo que parecían existir en lo que se refiere a los planes de seguridad. Estos eran: el no uso de la fuerza, la asistencia a la víctima de la agresión, la no asistencia al agresor, la creación de una zona de limitación y de inspección de armamentos, la recíproca consulta entre

los países participantes para asegurar la ejecución de las medidas previstas y la consagración del derecho inalienable de cada nación a defenderse.

Al día siguiente, último de la conferencia, los tres representantes occidentales rechazaron este último proyecto presentado por Molotov.

El comunicado final facilitado ese mismo día no se esfuerza en absoluto en velar el fracaso de la conferencia. Se reconoce el antagonismo de los puntos de vista que ha impedido llegar a un solo acuerdo en los tres puntos tratados.

Por consiguiente, las posiciones de las dos partes permanecen siendo las mismas, pero como había un buen caudal de esperanzas puesto en esta Conferencia, el balance es bien pesimista, y por consiguiente la segunda Conferencia ginebrina representa un paso atrás en la eliminación, siquiera parcial, de la tensión que padece el mundo.

No ha dejado de señalarse por algún observador que la única consecuencia positiva a deducir es la de que el avance de los más modernos medios de defensa hace temer de tal modo a cualquier país el desencadenamiento de una guerra que el miedo es el mejor antídoto para la misma.

La X Asamblea de la O. N. U.

El acontecimiento de más relieve registrado dentro del marco de las Naciones Unidas durante este trimestre es, sin duda alguna, la admisión de 16 nuevos países. Tal acontecimiento, que viene a sacar a la Organización del estancamiento gravísimo en que se encontraba desde 1950 en cuestión de admisión de nuevos miembros, comprometiendo así su papel de Organización mundial creada para garantizar y defender la paz y seguridad mundiales, bien merecía la atención de estos *Cuadernos*, y, por ello, el lector encontrará en el presente número dos artículos consagrados a su estudio, redactado uno de ellos por el entonces observador permanente de España en las Naciones Unidas. Porque este hecho singular, de importancia internacional, es tanto más digno de mención al ser observado desde España, uno de los países ingresados en la Organización y el que más duro e injusto trato recibió de ella en días que, pese al aceleramiento con que se suceden los acontecimientos de la realidad internacional actual, no están tan lejanos como para haber sido olvidados. Quede, pues, consignada en esta "Crónica", como único comentario, la victoria diplomática de España que esto representa.

Sin embargo, un examen más profundo y desde el plano estrictamente internacional, no puede deducirse del ingreso de estos 16 países muy halagüeñas consecuencias sobre la situación presente de la Organización. Porque en el curso de las sesiones en que se ha debatido la admisión de los nuevos Miembros se ha puesto de relieve, una vez más, el agudo antagonismo existente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que domina y determina toda la política internacional de nuestros días; porque la equilibrada propuesta del ministro canadiense Lester Pearson, que comprendía la admisión de 18 países, se ha visto cercenada a la hora de la verdad, produciéndose una manifiesta injusticia: la exclusión del Japón; y, en fin, porque el veto interpuesto por la China nacionalista a la admisión de Mongolia exterior ha vuelto a poner sobre el tapete la peligrosidad de una situación que reclama ser sometida a revisión.

No ha sido sólo esta cuestión la que ha llevado ahora hasta el mismo seno de las Naciones Unidas la tensión internacional que domina al mundo, destacando la medida en que afecta a su propio mecanismo interno. La elección del miembro no permanente que debiera ocupar el puesto que Turquía dejaba vacante en el Consejo de Seguridad, ha sido bien expresiva. El 14 de octubre eran elegidas Australia y Cuba por la Asamblea General, sin mayores dificultades, en sustitución de Nueva Zelanda y Brasil. Para el puesto que quedaba libre al cesar Turquía se presentaban las candidaturas de Filipinas y Polonia, defendidas, respectivamente, por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Las argumentaciones geográficas que se esgrimían en contra de la primera, y los motivos políticos que obstaculizaban la suerte de la segunda, reflejaban la pugna abierta desde hace años entre Estados Unidos y la U. R. S. S. cuando se trata de cubrir alguno de los puestos que periódicamente quedan disponibles en el Consejo de Seguridad. De aquí que, en esta ocasión, y ante la imposibilidad en que

se encontraban ambos candidatos de alcanzar los votos favorables de los dos tercios de la Asamblea en cuatro votaciones, se buscara una fórmula de compromiso, apoyada por la Unión Soviética y la Gran Bretaña, consistente en enfrentar la candidatura de Yugoslavia a la de Filipinas. Treinta y cinco votaciones demostraron la imposibilidad de alcanzar, por uno u otro, el *quorum* requerido, superando con mucho de este modo la cifra de 19 votaciones que en 1951 hubo que realizar para decidir entre Bielorusia y Grecia. Al fin, y para resolver la situación, hubo de acudirse a un nuevo compromiso: Yugoslavia fué designada para ocupar el puesto vacante, pero comprometiéndose a ceder el sitio a Filipinas al cabo de un año. La votación que decidió esta designación se celebró el mismo día de la clausura de la X Asamblea General.

Tales componendas, al margen de los mecanismos legales estatuidos por la Carta para la composición de su órganos fundamentales, son un índice de las dificultades con que la O. N. U. se encuentra para superar los antagonismos paralizantes que dominan la política internacional.

Otra grave cuestión de política mundial ha sido tratada por la Asamblea General: la del desarme. Ya hemos visto anteriormente el fracaso que acompañó en Ginebra a las discusiones sostenidas sobre este tema por los cuatro ministros de Asuntos Exteriores. Lo irreductible de las posiciones que condujo a este fracaso ha estado presente, naturalmente, en los debates desarrollados sobre lo mismo en las Naciones Unidas. El discurso pronunciado por Molotov el día 23 de octubre ante la Asamblea General sirvió para recordar que la Unión Soviética iba a las sesiones de la X Asamblea con la misma intransigente actitud que había contribuido al fracaso ginebrino.

Los Gobiernos de los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y Canadá buscaron una vía de solución redactando una moción encaminada a ofrecer, modestamente, un programa que dejara de lado toda precisión en lo que respecta a las fases graduales que exigiría la puesta en práctica de un plan de desarme, limitándose a recomendar la aplicación ante todo de aquellas medidas que, como las propuestas por Eisenhower sobre el intercambio de informaciones y el mutuo reconocimiento aéreo, o por Bulganin sobre el establecimiento de puestos de control en los centros estratégicos de las grandes potencias, pudieran desarrollar un espíritu de recíproca confianza. Igualmente se recomienda el plan Faure y toda medida realizable al presente para mover hacia un desarme *adecuadamente garantizado*, y los cuatro Gobiernos invían a la Comisión de Desarme a preparar una nueva reunión del subcomité de los cinco. Esto no es otra cosa que un intento más para impedir que el diálogo con la U. R. S. S., sobre esta difícil y grave cuestión, se interrumpa.

La moción fué presentada a la Comisión Política el día 2 de diciembre y aprobada el 12 por 53 votos contra 5. La Asamblea General la aprobó el 16 por 56 votos contra 7.

La reunión del Consejo Atlántico.

Durante los días 15 y 16 de diciembre se reunió en París el Consejo de Ministros de la O. T. A. N. Los ministros de Asuntos Exteriores, Defensa y Finanzas, con un total de 45, pertenecientes a los 15 países miembros de la Organización, estuvieron presentes en estas reuniones, de particular relieve a causa de las circunstancias que la rodeaban.

La Conferencia de Ginebra, terminada hacía un mes, había sido un rudo golpe para las esperanzas de alcanzar una cierta posibilidad de diálogo con la U. R. S. S., capaz de permitir progresos de importancia en esos temas capitales que son el desarme, Alemania y la seguridad europea y las relaciones entre Este y Oeste.

Creemos, desde luego, completamente exageradas las esperanzas que muchos pusieron en el llamado "espíritu de Ginebra", nacido de las protestas de buena voluntad en que repetidamente apoyaron su actuación el mariscal Bulganin y el presidente Eisenhower en el mes de julio. Era tan patente y áspero el antagonismo de los dos verdaderos Grandes en cuanto se tocaba un punto importante de la realidad internacional, tan lógica la tozudez de sostenerse en sus argumentaciones desde la res-

pectiva posición de cada uno, que nada podían hacer los ministros al recibir las instrucciones que por toda herencia les dejó la primera Conferencia ginebrina.

Pero quizá el fracaso de la segunda ha superado todo lo previsto. Se ha gritado a voces la imposibilidad de ponerse de acuerdo en los grandes temas que amenazan la paz y seguridad mundiales.

Al día siguiente de concluida la segunda Conferencia de Ginebra iniciaron su viaje por la India y otros países del Asia meridional el mariscal Bulganin y el presidente del partido comunista ruso, Kruschev. Durante el mes largo en que recorrieron aquellas tierras pronunciaron numerosos discursos de gran violencia contra los occidentales, contribuyendo en gran medida a aumentar la tensión internacional del momento. Añádase a esto el anuncio oficial hecho el día 26 de noviembre sobre la explosión atómica registrada en la U. R. S. S., la de mayor potencia hasta la fecha en aquel territorio, según informe facilitado por la Comisión de energía atómica de los Estados Unidos.

De aquí que el examen realizado por el Consejo atlántico de la actividad desarrollada por la Organización en los últimos diez meses y el estudio de los objetivos a alcanzar en el inmediato futuro, hayan tenido una particular significación en este caso.

La Organización atlántica se encuentra ante la ineludible necesidad de redoblar sus esfuerzos para alcanzar los objetivos defensivos que deben fijarse teniendo en cuenta la evolución de los acontecimientos. Sobre las sesiones de París ha pesado la grave preocupación producida por el despliegue diplomático soviético en el Oriente Medio, punto neurálgico del sistema defensivo occidental por causa del petróleo, lo cual obliga a la O. T. A. N. a intentar tomar la iniciativa en la política económica de aquel sector. Cada vez con más insistencia va abriéndose camino la convicción de que la O. T. A. N. no es una organización limitada al terreno estrictamente defensivo, sino que debe penetrar en los campos político y económico, coordinando la acción de sus miembros si quiere estar a la altura de las exigencias del momento. En este sentido se ha manifestado en París el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, Martino, siendo aprobada la proposición presentada por él al efecto.

El comunicado final de las reuniones atlánticas alude amargamente al fracaso ginebrino, señala la gravedad del problema alemán y el de su anejo, el de Berlín, y otorga toda su importancia a las iniciativas diplomáticas en el Oriente Medio y en Asia; y en su apartado III se dice lo siguiente: "El Consejo, reconociendo que la reciente evolución de la situación internacional hace aún más necesaria una estrecha cooperación entre los Estados miembros de la alianza... ha decidido encargar al Consejo permanente el estudio y aplicación de todas las medidas que se consideren necesarias." Pese al inevitable lenguaje diplomático que envuelve tal párrafo, no es difícil advertir que la O. T. A. N. ha sentido a fines de 1955 la necesidad de redoblar sus esfuerzos y, sobre todo, de incrementar la coordinación de sus componentes para no ser desbordada e inutilizada por la iniciativa de Moscú.

Viaje de Bulganin y Kruschev al Asia meridional.

Sería equivocado juzgar de la importancia política del viaje de estos dos máximos representantes soviéticos a la India y otros países asiáticos atendiendo a su valoración dentro del marco estricto de aquel Continente. Es indudable que por haber recorrido durante más de un mes el territorio de la India y visitado las capitales de Birmania, Cachemira y Afganistán, y de haber dado a sus visitas un carácter popular y directo, la repercusión más inmediata de este viaje afecta en primer lugar al estado de las relaciones entre la U. R. S. S. y los pueblos del Sur de Asia y al desarrollo de la política asiática general de Moscú. Pero si se pone en relación con la situación presente de la política mundial, si se tiene en cuenta que el viaje es inmediatamente posterior al fracaso de la Conferencia de ministros de Ginebra, y que todo él ha estado jalonado por discursos y declaraciones antioccidentales del más violento tono, no se dejará de advertir que su alcance rebasa el marco asiático para convertirse en una maniobra política de más honda significación.

El fracaso registrado en el intento de alcanzar una vía de solución en los grandes

temas de la política mundial —desarme, seguridad europea, problema alemán, relaciones entre Este y Oeste— permiten afirmar que a fines de 1955 la política de Moscú ha entrado en una fase que tiene como primer objetivo paralizar todos los esfuerzos occidentales para disminuir la tensión internacional, respondiendo de este modo a los avances experimentados últimamente en Europa: la política de unión y defensa patrocinada por los Estados Unidos. Mientras tanto, la U. R. S. S. despliega una gran actividad diplomática en el mundo árabe, que se traduce en las sucesivas ofertas de armas que tanto recelo han provocado en las cancillerías occidentales y, como complemento de su ofensiva, desarrolla una propaganda directa en el corazón mismo del Asia neutralista.

Como si se tratara del viaje de un par de muñidores electorales, el jefe del Gobierno soviético y el jefe del partido comunista de la U. R. S. S. no han cesado de atacar con toda dureza a los occidentales, acumulando toda suerte de acusaciones contra sus enemigos políticos, sin olvidar en sus discursos, puesto que a las masas asiáticas iban dirigidos, los temas de más seguro efecto en aquel auditorio: el colonialismo y la política defensiva occidental en Asia, las reivindicaciones y la defensa del nacionalismo.

Particular mención debe hacerse, a este respecto, de los discursos que ambos políticos soviéticos pronunciaron ante el Parlamento de la India, reunido a tal efecto el día 21 de noviembre, y en los que el tono fué tan violento y las acusaciones tan graves que obligaron a defenderse al Foreign Office en una declaración publicada al día siguiente.

Ante estos hechos cabe preguntarse si la India de Nehru ha decidido pasar de una actitud amistosa hacia la U. R. S. S., dentro del neutralismo tantas veces proclamado, a una clara actitud filosoviética que la aleja en igual proporción del mundo occidental. No parece arriesgado afirmar que ese neutralismo, en el momento presente, está más cerca del mundo soviético que del occidental. La India ha dado oportunidad a Moscú para desarrollar ante los pueblos de Asia meridional una intensa propaganda prosoviética y antioccidental, y este hecho tiene un contenido político y un alcance internacional que no pueden escaparse a Nehru.

Consecuencias inmediatas de este viaje son las siguientes: la Unión Soviética se ha hecho visible a las masas asiáticas como una potencia poderosa, progresista, defensora de las libertades humanas, próxima, geográfica y espiritualmente, de los grandes pueblos de Asia; el Occidente ha quedado dibujado como una amenaza, algo lejano en la geografía y en el espíritu y, en todo caso, recordado como el protagonista de la política colonial; la U. R. S. S. ha firmado varios acuerdos comerciales y económicos con la India y Birmania.

En relación con los problemas puramente asiáticos, la Unión Soviética se ha servido de este viaje para estimular las tendencias nacionalistas y anticolonialistas, manifestándose identificada con la reivindicación india de Goa (coincidente, por cierto, con la primera toma de posición de los EE. UU. en favor de Portugal, con ocasión de la estancia por aquellos días en Washington del ministro de Asuntos Exteriores de Portugal), para pronunciarse claramente a favor de la India en el pleito de Cachemira y destacar su enemiga a Pakistán, anatematizado por sus vinculaciones con el Occidente, y para otorgar su benévola sanción al Gobierno birmano de U Nu y hacer progresar la penetración comunista en Afganistán.

El referéndum del Sarre.

Gran interés ofrecen los resultados obtenidos en las dos elecciones registradas durante este trimestre en el Sarre.

El referéndum celebrado el día 23 de octubre debía decidir si la población sarresa quería o no el estatuto para la europeización del territorio. Los pronósticos de última hora se inclinaban favorablemente del lado alemán. Los tres partidos proalemanes ganaron rápidamente terreno mediante una acción muy bien organizada. Con buen sentido práctico, se unieron momentáneamente en un Frente patriótico

(*Heimatbund*), al tiempo que bajaba la cotización de la solución europeística.

Sin embargo, los resultados fueron mucho más decisivos de lo que se había pensado en un principio. De un total de 641.132 votantes, 423.434 contra 201.973, se pronunciaron por la repulsa del estatuto europeo.

El golpe ha sido muy rudo para Francia que ve como la población sarresa después de diez años de hegemonía francesa —y quizá por eso mismo— se manifiesta inequívocamente pro-alemana. Queda ahora por resolver el difícil problema de la contradicción planteada entre el sentir de la población y los vínculos, sobre todo económicos, que unen al territorio con Francia. Es evidente que el mantenimiento de un *statu quo* favorable a Francia y dictado por ella, no es soportable por una población que se ha pronunciado en el sentido señalado. Lo mismo que Francia no podrá nunca resignarse, por muy alemán que sea el sentir del pueblo sarrés, a ver ese valioso territorio convertido en un Estado alemán.

He aquí la incógnita que el futuro del Sarre encierra. Y no es difícil señalar la importancia que esto tiene para el futuro desenvolvimiento de las relaciones franco-alemanas, que es tanto como decir de todos los problemas conexos con la buscada unidad europea.

El 18 de diciembre se celebraron las elecciones para la composición del Landtag. Los partidos proalemanes han obtenido de nuevo un evidente éxito. Pero, sin embargo, se ha de señalar la notable revalorización de un partido favorable al rechazado estatuto: el cristiano popular, que con los 13 puestos obtenidos se coloca en el segundo lugar, sólo precedido por los democristianos sarreses (CDU), y esto por un solo puesto. Por otra parte, los tres partidos proalemanes —el democristiano sarrés, con 14 puestos; el socialdemocrático (SPD), con dos, y el democrático (DPS), con doce— no han obtenido la mayoría de las tres cuartas partes necesaria para poder modificar la Constitución.

El camino político que haya de seguir el Sarre queda, en gran parte, supeditado a la orientación que puedan tomar los dos partidos dominantes.

La situación en Marruecos, Argelia y Túnez.

Acontecimientos de gran importancia se han sucedido en el Marruecos francés durante los tres últimos meses de este año. El 1.º de octubre el sultán Ben Arafa abandonó Rabat y se instaló en Tánger después de haber delegado sus poderes en su primo Abdel Hafid. El día 6, el Istiqlal publicó un comunicado contra esa delegación de poderes. El comunicado recordaba que el nombramiento de un sucesor impuesto por el residente general contradecía los acuerdos tomados en Aix-les-Bains y que la carta dirigida por el presidente de la República francesa a Ben Arafa olvidaba los legítimos derechos al Trono del sultán depuesto, Ben Yussef. El día 9, la Asamblea Nacional aprobaba por 477 votos contra 140 un orden del día por el que se exigía la inmediata constitución del Consejo del Trono, la formación de un Gobierno compuesto de todos los elementos representativos marroquíes capaces de promover la democratización de Marruecos y de negociar con Francia la cuestión de los necesarios vínculos permanentes. En efecto, el día 15 dirigió el gran visir El Makri un llamamiento al pueblo marroquí anunciando la creación de un Consejo del Trono de acuerdo con el Gobierno de Francia, "encargado de salvaguardar la permanencia y la misión histórica del Trono cherifiano", compuesto de cuatro personas que tomarían sus decisiones por unanimidad. El mismo día daba París su aprobación y el presidente del Consejo, Faure, publicaba un comunicado informando del cumplimiento de lo previsto en los acuerdos de Aix-les-Bains.

Sin embargo, el Istiqlal se pronunció de nuevo días después contra la constitución del Consejo del Trono y el mismo bajá de Marraquex, El Glaui, dando un giro total a la actitud mantenida por él hasta entonces, hizo una declaración espectacular el día 25 en favor del regreso a Rabat del depuesto Mohamed V, al mismo tiempo que acusaba de ilegítimo al recién estrenado Consejo.

Cinco días después Ben Arafa se dirigió al presidente Coty para informarle de

su renuncia total, dejando así abierto el camino para la reposición de Ben Yusef, que ese mismo día 30 salía en avión de Madagascar con dirección a Francia. Los cuatro miembros del Consejo acudieron para presentar al sultán su dimisión, que fué aceptada, y los jefes del Istiqlal acudieron a Francia, igualmente, para rendir homenaje a su monarca. El día 8 de noviembre el fiero bajá El Glani, se humillaba ante su señor y le prestaba su acatamiento y homenaje.

Después de los acuerdos de Antsirabe podía darse por decidido el restablecimiento de Ben Yusef. Ahora, estando el sultán en Francia, esto era ya un hecho. Francia, encerrada en un callejón sin salida en virtud de su decisión de agosto de 1953, llamaba a Mohamed V como primera medida para resolver la pacificación del territorio marroquí. La independencia de su pueblo fué el tema central de la declaración que le dirigió el día 14 de noviembre y del discurso del Trono, pronunciado el día 17.

Vuelto el sultán a Marruecos, el primer paso a dar era el de formar un Gobierno representativo. Esta difícil tarea fué encomendada al independiente Ben Mustafá El Bekkai, que pudo verla cumplida el día 7 de diciembre. En el nuevo Gobierno se otorgaban nueve carteras al Istiqlal; seis, al partido democrático de la independencia (PDI), y seis, a los independientes. La misión principal a cumplir por este Gobierno marroquí era la de preparar un frente común para negociar con Francia la situación de *interdependencia* con la que Francia busca llegar a una estabilización pacificadora de Marruecos después de cerrar el paréntesis abierto con la expulsión de Mohamed V.

El Gobierno Faure, que el día 9 de octubre obtuvo la confianza de la Asamblea en la cuestión de Marruecos, vió días después nuevamente amenazada su existencia por causa del problema argelino. Los pronósticos la víspera del día 18 no se inclinaban a favor de la supervivencia del Gabinete. Sin embargo, bien por la influencia de otros acontecimientos internacionales, bien por su habilidad parlamentaria, Faure obtuvo una vez más la confianza de la Asamblea Nacional, con un resultado de 308 votos favorables y 254 contrarios. En el discurso pronunciado por el presidente del Consejo antes de su votación, se señalan las directivas principales de su política argelina: aplicación total del Estatuto de 1947, aplicación de las medidas contenidas en el plan de emergencia del gobernador general Soustelle, aplicación de las orientaciones económicas y sociales redactadas por el diputado Maspétiol y celebración de elecciones libres tan pronto como el orden público lo permita.

Pero si en el ámbito parlamentario Faure había superado las dificultades inherentes a los problemas marroquí y argelino, no ocurrió lo mismo en el ámbito propio norteafricano. La realidad argelina está dominada al término de 1955 por el recrudecimiento y difusión del terrorismo, que provocó el 21 de diciembre una reunión extraordinaria del Comité ministerial de coordinación para los asuntos marroquíes y la aprobación de varias medidas de urgencia, entre ellas el envío a Argelia de una misión de expertos militares encargados de estudiar sobre el terreno un plan de represión antiterrorista. Por lo demás, el pueblo argelino se opone a la aplicación del plan Soustelle y reclama una revisión a fondo del nunca verdaderamente aplicado Estatuto de 1947.

Esta cuestión argelina ha tenido también una repercusión especial en el seno de las Naciones Unidas, como consecuencia de la espectacular retirada de Pinay y de toda la delegación francesa en la Organización, el día 30 de septiembre, después de haber sido incluida en el orden del día de la X.^a Asamblea. Pero el 25 de noviembre, después de prolongadas discusiones entre las delegaciones hispanoamericanas, que apoyaban a Francia, y las del bloque árabe-asiático, la Asamblea decidió eliminar de su orden del día esta espinosa cuestión, con lo que Francia pudo reincorporarse a la Organización con una cierta apariencia de victoria, aunque las opiniones están muy divididas respecto a si la Asamblea ha eliminado o no definitivamente la cuestión argelina, definiéndose sobre su competencia para entrar en ella.

El desarrollo de los acontecimientos marroquíes, sobre todo la vuelta del sultán

Mohamed V, se ha proyectado de manera notable sobre la situación política interna de Túnez. A la vista del avance de las tesis nacionalistas marroquíes, las Convenciones franco-tunecinas de junio han perdido para el pueblo de Túnez mucho de lo que entonces tuvieron como expresión de un triunfo de sus tesis de reivindicación de la autonomía. La *interdependencia* que el pueblo marroquí está camino de conseguir supera lo conseguido por aquellos acuerdos, largamente negociados. Como consecuencia de esto se ha producido una escisión en el seno del Neo-Destur. El presidente Habib Burguiba, se muestra favorable a las Convenciones, y el secretario general, de otra, Salah Ben Yussef, se opone a toda negociación con Francia que no sea para obtener la plena independencia del país. Esta hostilidad entre los dos políticos tunecinos ha conocido un primer momento de victoria de Habib Burguiba, quien hábilmente logró la expulsión del partido de su propio secretario general y reunió en Sfax, el 18 de noviembre, en conferencia, al Neo-Destur para legitimizar su actuación política. Pero Salah Ben Yussef, apoyado en El Cairo, ha calificado de traidores a los partidarios de Burguiba. Los acontecimientos del Norte africano le favorecen también y, por tanto, Burguiba se ha visto en la necesidad de rectificar su conformidad con las Convenciones concluidas, para buscar un paralelo en el proceso hacia la independencia entre Marruecos y Túnez.

Tensión en el Próximo Oriente.

Continúa la tensión entre Egipto e Israel. Los incidentes fronterizos se suceden sin cesar y cada vez existe en esa zona de fricción del Próximo Oriente el clima de una guerra entre árabes e israelíes.

Aparte de este motivo permanente de inquietud, se ha de señalar que en este sector del mundo se va progresivamente completando el esquema de dos sistemas defensivos de distinto significado. De un lado Egipto, actuando como símbolo de la lucha de los árabes contra los israelíes, ha concluido dos Pactos militares con Siria y con la Arabia Saudita, colocando las fuerzas comunes, en cada caso, bajo un mando unificado. Estos Pactos significan que los países árabes avanzan en su propósito de organizar un sistema defensivo articulado sobre una serie de Pactos bilaterales y dirigido especialmente a protegerlos contra Israel. Así, el coronel Nasser, jefe del Gobierno egipcio, comunicó a la Prensa el día 15 de diciembre que se había dirigido al secretario general de las Naciones Unidas para hacerle saber que cualquier ataque israelita contra Egipto o Siria no sería contestado por estos países con acciones individuales, sino con la entrada en acción de todas las fuerzas armadas conjuntamente. Nota de especial relieve en relación con este programa defensivo de los árabes, es que las necesidades de armamento que su puesta en práctica ha hecho sentir, han sido cubiertas mediante la ayuda de la Unión Soviética.

De otro lado, los países del Pacto de Bagdad (Iraq, Turquía, Gran Bretaña y Pakistán) han visto aumentado su número con la incorporación de Irán. La Gran Bretaña, y también los Estados Unidos, han manifestado su satisfacción por esta adhesión del país persa, mientras que la U. R. S. S. ha protestado ante Teherán por lo que considera una amenaza a su seguridad y una violación de los compromisos internacionales contraídos por Irán. El sistema defensivo del Pacto de Bagdad viene a completar los sistemas defensivos occidentales en Europa y Asia. Turquía y Pakistán son los eslabones de esta cadena que pone cerco a la enorme periferia soviética, por ser la primera miembro de la O. T. A. N., y el segundo miembro de la S. E. A. T. O. Esto explica la enemiga de Moscú a todo reforzamiento de una organización defensiva que busca, sobre todo, proteger la zona neurálgica del Próximo Oriente de los ataques comunistas. La Conferencia de Bagdad, que ha reñido por primera vez los días 21 y 22 de noviembre a los países del Pacto, ha tenido una gran importancia en cuanto que ha implicado y ha sido la primera manifestación de la unidad de acción existente desde ahora entre los miembros de la nueva entidad regional.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

Acontecimiento muy digno de mención ha sido la proclamación de la República sudanesa. El 19 de diciembre, el primer ministro del Sudán, Ismail EL-Azhari, comunicó que su país se declaraba independiente y se constituía en República. Tal decisión ha producido gran sorpresa en El Cairo. De este modo, un tanto brusco, el Sudán ha puesto fin unilateralmente a la cuestión de su independencia o unión a Egipto y ha cortado por lo sano un problema sobre cuya resolución era difícil hacer una predicción. Quizá esta decisión unilateral del Sudán refleja más que otra cosa las dificultades con que cada vez más se encontraba la tesis de los unionistas, a causa de la política poco hábil seguida en este punto por el coronel Nasser. Sin que esto quiera decir que se deba infravalorar la presión inglesa para favorecer la tesis de la independencia, haciéndola ganar terreno a costa de la defendida por los unionistas. En todo caso, no cabe duda de que la decisión unilateral del Sudán es sorprendente y ha cerrado un largo capítulo de la historia del país, caracterizado por las presiones sobre él ejercidas por Egipto y la Gran Bretaña.

FERNANDO MURILLO RUBIERA